



TEATRO DE TACÓN.

(Habana.)



straño es por cierto y vergonzoso, que la capital de España no cuente con un local á propósito para las representaciones líricas y dramáticas, y que los teatros del *Príncipe* y de la *Cruz* sigan en la posesión del nombre de *principales* con que se les designa, cuando en

realidad no son mas que lo que indica su antiguo título: unos *corrales*. Del *Circo* no hablemos, porque es hasta ridículo el haber escogido para la ejecución de óperas un Salon, que no tiene mas de teatro lírico que un tablado, telar y bastidores, un Salon con muchas salidas perjudiciales para la voz, y con dos puertas inmediatas á la escena, á fin de que de este modo no pueda nunca el público apreciar debidamente lo que se canta. Todo ha aceptado en Madrid la indispensable innovación que en las obras antiguas imprime la sociedad moderna: el sello del buen gusto se vé impreso no solo en los trages, sino tambien en los edificios: únicamente los teatros se han escaptado de la regla, de la necesidad, y permanecen estacionarios á retaguardia de la civilización. Ni es posible que otra cosa suceda, porque ¿cómo hacer desaparecer sus mezquinas y humildes fachadas, sus estrechos callejones, sus escondidos palcos y sus escasas localidades, insuficientes para la población aficionada con que hoy cuenta la corte, sin hacer desaparecer enteramente al mismo tiempo los edificios?

Pero materia es esta, que ya nos presentará ocasión de mas detenido examen, que emprenderemos con gusto, haciendo ver palpablemente los obstáculos que nuestros teatros oponen á los adelantos artísti-

cos, y la conveniencia de que se construya uno, uno solo semejante al que representa la lámina que hoy tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores: de este vamos á ocuparnos.

Mandando en la Habana el ilustre general D. Miguel Tacón, construyó D. Francisco Martí y Torrens, afortunado pescador, convertido casi de repente en fuerte capitalista, el famoso teatro, que en justo tributo de agradecimiento consagró á la memoria del primero, cuyo nombre lleva. El general protegió la empresa, por considerarla en su buen juicio de pública utilidad, y poco tiempo bastó al infatigable propietario catalán para dar feliz término á su proyecto.

El teatro de Tacón, levantado en el paseo de estramuros, casi enfrente de la *Puerta de Monserrate*, es un edificio magnífico; de un solo cuerpo, que honraria á la ciudad mas bella y populosa de Europa: sus avenidas son amenas y deliciosas, y con mayor motivo desde que quedó terminada la hermosísima alameda proyectada en 1839, y que hoy se estiende desde la *Puerta de la Muralla* hasta la *Punta*. Entrase á él, despues de atravesar los tres arcos de la fachada, sostenidos por columnas, por tres puertas arqueadas de reja, que conducen á un patio espacioso y cuadrado, cuyos lados son otros tantos paseos cubiertos que abrigan del sol y de la lluvia: en los dos de derecha é izquierda, dando la espalda á la fachada, hoy dos lujosos cafés, uno destinado al despacho de helados, y otro al de hiecos etc.: al extremo de aquellos mismos corredores laterales, se encuentran otras tres puertas, las cuales conducen al interior del teatro.

Todo es grandioso en este: las tres líneas de palcos, la platea, en una palabra, todas las localidades presentan una perspectiva elegante y bella: los primeros abiertos por delante, y sin mas antemural que

una rejilla dorada, permiten á las damas en ellos sentadas, hacer alarde ostentoso de sus ricos trages y adornos, desde el peinado hasta el breve zapato de raso: las personas que se encuentran en dos palcos inmediatos, pueden comunicarse con la mayor comodidad, pues no se ven contrariados por esos tabiques de tabla, de tan mal gusto, que hasta ahora han convertido á los nuestros en cajones ó confesonarios. En el teatro de Tacon nadie se encuentra oculto á la vista de los demas; todos los espectadores gozan del mismo modo; todas oyen y ven lo que se canta, lo que se habla y lo que se hace en la escena; el que desea no llamar la atencion ó asistir á una representación de incógnito, tiene el recurso de tomar un palco *grillé*, tan cómodo y elegante como los demas. Las lunetas son anchas y cómodas, con cepo debajo del asiento para colocar los sombreros, sin causar molestia á los que pasan entre fila y fila; las distancias que separan á estas, permiten circular libremente, sin embarazo ni incomodidad de los que se hallan sentados, y con el objeto de evitar confusiones y tropiezos, en la entrada y la salida, hay además de la carrerilla ó corredor principal que conduce á las mismas lunetas, otras varias á derecha é izquierda, de modo que cuando los concurrentes salen á desahogarse ó refrescar en los entreactos, forman cinco hileras paralelas y ordenadas, que partiendo de distintos puntos desde las primeras lunetas, se confunden despues de desaparecer en las tres grandes puertas de entrada, es decir, en el ancho patio de que ya hemos hablado.

El proscenio de tan hermoso edificio corresponde en todas sus partes á la elegancia exterior, que resalta notablemente, porque todos los adornos de los pulcos, de los frisos y del techo, consisten únicamente en pintura blanca y oro. No debemos omitir al hacer mencion de esto, un recuerdo á la magífica y famosa araña que ilumina aquel vasto local, alhaja preciosa de muchísimo valor, que sube y baja á impulso de un cabestante colocado en el telar, y afianzado por dos piezas de artillería de grueso calibre. Los bastidores estan formados sobre correderras, con el objeto de que aparezcan y desaparezcan para los espectadores simultáneamente: así nunca se notan en aquel teatro las ridículas faltas que criticamos en los nuestros, siempre que en un mismo acto se cambian las decoraciones. Lo único que no guarda armonía con la suntuosidad y grandes dimensiones de este edificio, son los vestuarios; demasiado reducidos para que los actores puedan servirse en ellos cómodamente: esta falta es hija del empeño que tuvo el Sr. Martí y Torrens de dar la mayor amplitud posible al escenario.

Escusado nos parece añadir á lo dicho, que no faltan en el teatro de Tacon hermosas sillas de descanso para señoras y caballeros: las escaleras para subir á los palcos y galerías son anchas, pues caben en ellas cinco personas de frente sin apretarse: los espaciosos corredores se convierten en verdaderos paseos hermosos por las puertas de persianas que dan entrada á los palcos.

El paredon de piedra con siete entradas que representa la lámina puesta á la cabeza de este artículo, no existe ya: el terreno que detrás de él se vé, pertenecía al propietario del teatro, y lo ha convertido D. Francisco Martí en magníficos salones de baile, que tienen comunicacion por el mismo teatro, pero cuya fachada y puertas principales dan á la Alameda.

Concluiremos estas líneas, con la observacion de que el teatro de Tacon, á pesar de su inmensa superioridad sobre el *Principal* ó sea de la *Alameda de Paula*, no ha logrado aclimatar en su seno las representaciones líricas: el último citado es el preferido por la aristocracia habanera, y en él han conquistado la Albini, Montresor, Fornasari y Salvatory innumerables triunfos. No es decir esto que no se canten óperas en el teatro de Tacon, pues alternan en ambos las compañías lírica y dramática, desde que el Sr. Martí es tambien empresario del de *Paula*, pero este es el predilecto para la música, así como aquel para el verso.—A.



IMPRESIONES DE VIAJE EN 1845, A LISBOA Y SUS CONTORNOS.

ARTÍCULO I.

DE CÁDIZ A LISBOA.

¿Quién de los nacidos en este siglo correton, bullicioso y fosfórico, siglo del vapor y de los caminos de hierro, del movimiento continuo y del asan viajador, ha podido sufrir jamás imposible desde los muros de Gades, la vista de una levísima feja de negro humo, que creciendo gradualmente, conforme se viene acercando sobre la superficie del mar, corona en menor distancia los bellos mástiles del *Lady Mary Wood*, del *Montrose*, del *Pachá*, del *Royal-Tar* ó de cualquier otro de los paquetes correos de su Magestad Británica, pertenecientes á la *Compañía Peninsular y Oriental de Vapores*, que saliendo de *Southampton* en los dias 7, 17, y 27 de cada mes hacen escala en la *Coruña*, *Vigo*, *Oporto*, *Lisboa* y *Cádiz*; dejando la correspondencia en *Gibraltar*, y tomando por los mismos pasos á la nebulosa Inglaterra?... ¿Quién de aquellos, que cuentan un centenar de pesos fuertes de presupuesto mensual, un pasaporte en el bolsillo, y una voluntad decidida, para bailar como un tropo sobre las encrespadas olas, si necesario fuere, deja pasar tranquilo una y otra semana, sin poner mientes en el buque, cuya llegada se anuncia, ó cuya marcha se espera, vejetando perenne dentro de la madre patria, cual flor que teme perder su frescura lejos del rúbano que la vió nacer...?

Muchos hay, sin embargo, lector amigo, de aquestsé jaja, por mas extraño que te parezca: pero merced á la divina misericordia, no nos contámos en ese número. Antes bien, resueltos y aparejados en el mes de Mayo del año que corre, previo el competente permiso de visjar al extranjero *por cuanto vos contribuisteis con la suma de cuarenta reales vellon*, y por cuanto os abonaron, y afianzaron por vos *hombres probos é de valia*, que hubieron de asegurar sin duda, no pertenecemos á las novecientas noventa y nueve clases de conspiradores que pueblan el Reyno de Castilla, de doce navidades á esta parte; liamos en dos por tres el petate, y aguardamos la venida del vapor *Montrose*, que debia marchar á Lisboa, en

uno de los primeros días de aquel mes de las rosas y de los amores, al decir de clásicos poetas.

Apareció, por fin, la suspirada aurora, y con ella un venticillo nada sabroso en verdad, que así zarandaba y mecía los botes y lanchas del muelle, como si fuesen cáscaras de nuez, hirviendo al fuego en la cocina de un convento. Allí en lozananza balanceaba también el corpulento edificio marítimo, azotando su popa la Bandera Inglesa; y no tardó en agregarse á todos estos precedentes de funesto agüero, la vuelta del agente de la Empresa en Cádiz, que habiendo marchado á bordo á recoger la hoja del pasaje, regresaba empapado en agua hasta el pezcazo.

Los aspirantes á *borrasca* y pretendientes de *marco*, lejos de arredrarse con esta pintoresca escena, que contemplaban desde las escaleras de bahía, cercaron al aterido manco, y no bien puso el pié en tierra, lo mollaron á preguntas, y supieron de su boca, que si era cierto que el vapor contaba en su rebóto gruesa falange de insulanos venidos de *Madera*, para cazar otra vez patos en las orillas del Tamesis, no por eso quedarían frustradas las justas esperanzas de su dignísimo auditorio; y en nombre del muy honorable capitán del *Cetáceo anclado*, ofreció billetes de Popa, de Proa y de Cubierta á cada cual de los presentes, según cupiese á todos, en razon de sus fortunas respectivas.

Escucháronle ellos gozosos y embohadados, con la misma seguridad y confianza que el honrado escudero del héroe de la Mancha oía las promesas de Gobiernos y de Insulas, que su buen amo le hacia muy amenudo; y por lo que á nos atañe, (pues no sabremos decir de los demas) hicimos traer nuestro equipaje, y trocamos sin demora por buenos *duros* españoles, el derecho á nuestro parecer incontestable de viajar en primera Cámara, según la targeta expresaba; aun cuando se nos dijo *solito voce*, que disimulásemos algun tanto, si por la abundancia de pasajeros habríamos de sufrir un poco de estrechez en nuestros pequeños camarotes.

¡Pluguiese al cielo que aquellas breves palabras, pronunciadas como al acaso, hubieran hecho tan honda impresión en nuestra ánima, como el eco de la trompeta del Juicio en la del P. San Gerónimo; y que, desechando el recuerdo de aquellas otras dulces y bagatueñas que hizo resonar el agente de la Empresa en la *Puerta del Mar* al tiempo del desembarco, hubiésemos resistido, cual varones fuertes, á la tentación!

Pero ay!... que cojidos en la red, como simples arecillas, fiados en la proverbial *hervidez de nuestros caros aliados*, nos alejamos del muelle en uno de aquellos esquifes, que han servido de tipo con sus dueños para la celebrada canción de los *Toros del Puerto*, y entramos en la *ancha tela del Montrose*, tejida por la *Británica araña*, con tanta sutileza, que no hubimos de advertirlo hasta caer en su agujero!...

Mas, ¿de qué utilidad te serviría, lector compasivo y benigno, que relatásemos aquí las injusticias y desafueros que descargó sobre nosotros el despiadado capitán, ya negándonos redondamente un camarote, ó un lecho donde dormir; por la sencilla razon de estar antes ocupados; ya permitiendo que una tropa de *Normandos*, groseros y feroces, invadiesen, con preferencia á los pobres Españoles, los aposentos de popa y los de proa, á pesar de nuestras fidedignas credenciales; ya arrancando á los sorprendi-

dos viajeros de las banquetas y solás, donde hubieron de recostarse, á falta de otra cosa.....?

Cantar aquí en versos lastimeros la paciencia heroica de nuestro digno amigo *O Consul geral em Cadiz de Sua Magestade Fidelissima a Rainha de Portugal e dos Algarbes*; su inefable bondad y resignacion para sufrir el olvido de todas las reglas de buena crianza, y aun de simple humanidad por parte de los oficiales y dependientes del Vapor; pintar la concentrada rabia del secretario de nuestra legacion en Montevideo, y de otros tantos compañeros de infortunio, que en aquella jornada inmemorable pasaron dos noches sobre el duro suelo de la cámara, sin otro abrigo ni lecho, que sus capas y vestidos; celebrar, por último, con acentos sonoros nuestra propia bizarría y el esfuerzo (nunca cual se debe alabado) de nuestro hercúleo brazo, que reuniendo (no bien se concluan las eternas cenas báquicas de los Ingleses) media docena de levitas y gabanes de los mismos, sobre la mesa de comer, improvisaba con tanta rapidez como destreza un elegante colchon, donde estendiamos, cuan larga era, nuestra robusta humanidad; describir al vivo los ayes, lamentos, náuseas é incansable penar de casi todos los espectadores, que no pudiendo sufrir el balanceo del buque, permanecían mareados en los ángulos de la cámara, y daban á todos los diablos el Océano y los vapores; fuera misión harto triste para nosotros, y escasa de recreo y de provecho.

Y, la verdad sea dicha, aun cuando la estrecha conciencia de fieles relatores nos impeliese á publicar uno por uno los detalles de aquella escena singular, habría de ser punto menos que imposible satisfacer la curiosidad del público en esta parte; porque nuestra cabeza y nuestro estómago padecían tan cruelmente como los de aquellos que mencionamos: de modo que cuanto ocurrió en derredor nuestro, pasó como un terrible sueño que fatiga la ardiente fantasía con raras y grotescas visiones, sin conexión ni enlace alguna.

Tan pronto veíamos cruzarse las hotellas de O-Porto y de Jerez por medio de extraños grupos de alegres convidados: tan pronto atravesaban de una parte á la otra rubios y listos camareros con enormes trozos de vaca en sendas fuentes de china, ó con brevajes de punzante olor en sopas de plata cincelada. Aquí, nuestras vagas miradas descubrían una columna de humo blanco, que se elevaba en ofrenda al dios *Cómo* desde la cúspide de una simétrica pila de patatas. Allí, el *brusteah* y el *pudding* cedían á los esfuerzos del gastrónomo impaciente y voraz. Y la algazara de los comensales mezclada de idiomas diversos; y el estallido de los tapones del gas y la cerveza; y el sonar de los platos y cubiertos; y el silbar del viento; y el crujir del buque, y el bramar de las olas agitadas, formaban tal confusa variedad de ecos diferentes, que aturdida nuestra cabeza, cayó sobre el respaldó de un sillón en el desvanecimiento mas completo.

Con todo, recordamos, que al abrir de nuevo los ojos, la sala estaba desierta; el cuadrante del buque marcaba las doce de la noche; y, á la débil luz de la lámpara que del techo pendía, vimos salir dos fantasmas (que no otra cosa parecieron) de los dos opuestos ángulos fronteros á nuestro sitio. La una habia animado sin duda el cuerpo enjuto de un viejo inglés de los alrededores de Londres, y envuelta en un ro-

pon de hechura singular, y color incomprendible, cubría su faz torva y severa con un gorro cónico á par que elevado, marchando lentamente de uno á otro camarote, sacando una ancha lengua de su boca, y presentándose con este horrible visage delante de todos los espejos, que al paso tropezaba. De no menos espantable cadadura el otro espectro, vestía camisa de lienzo blanco, amplia como un alba, pero tan corta y mezquina, que daba al público en espectáculo aquello que por decencia mejor debiera encontrar: mas, en cambio, y por el chistoso contraste que oportunamente apellidan los andaluces el *disimulo de Antiquera*, traía forradas las piernas y hasta la mitad de los muslos con hule verdoso y terso, á manera de calzon de nadador, si bien no tan honesto ni cumplido.

En circunstancias normales, en aquel sitio y en la hora aquella, habrían podido turbar tales visiones el ánimo de un Paladín de la edad media. ¿Qué mucho, pues, que trastornada, como lo estaba nuestra mente, con el pesado mareo, cediese á una impresión momentánea de terror, y que nos creyésemos de pronto á la otra orilla del bullicioso golfo de la vida? Afortunadamente, sin embargo, el cansancio y la debilidad vinieron en nuestro auxilio; y no fue poca dicha el gozar en seguida de un sueño interrumpido, sobre la mesa que referido habemos, hasta ya bien avanzada la noche de estos sucesos, que era la segunda de nuestro viaje á bordo del *Montrosse*.

A las tres, apenas de la madrugada, el capitán anunció que estábamos para entrar en la embocadura del Tajo; y como los portugueses, dueños de esta parte del río, no permiten canojar por él durante la noche, mandóse anclar el vapor con sumo contento de los pasajeros, los cuales, no bien fijo el hierro en la arena, dejaron de sentir el molesto viento de proa que habia azotado el buque constantemente hasta entonces, y vieron disiparse en corto rato las náuseas y el mareo.

Bajo mejores auspicios alzóse el ancla de nuevo á la venida de la aurora, y comenzando á canojar el *Montrosse*, blanda y sosegadamente sobre la limpia superficie del río, subimos todos encima de cubierta, y pudimos disfrutar aquella hora de la mas variada perspectiva que imaginase durmiendo un poeta.

Sobre las verdes colinas y risueños prados que bordean entrambas orillas del soberbio Tajo, véanse engastadas blanquissimas quintas, y pintorescas aldeas, cuyos jardines, arboledas, viñedos y sotos sombríos, embalsaman el aire de grata fragancia, y alternan en situaciones diversas con los Faros y Castillos que asientan en los altos picachos de las sierras vecinas. Las torres de *San Julián* y de *Bugío* salen á recibir al viajero y á darle su bien venida á Portugal, como dos pages de una antigua fortaleza saldrían en los tiempos feudales, á brindar sincera hospitalidad al fatigado caballero, en nombre de su castellano y señor. Mas allá la escena va animándose poco á poco; los caseríos, y las construcciones de distintas especies, son mas frecuentes en uno y otro lado; los pequeños vapores, que hacen su servicio en el Tajo, se cruzan de acá para allá con las ligeras faluas, con los buques del resguardo marítimo, pintados de vivos matices, y con las barcas humildes de los pescadores.

Viene por última sobre la margen derecha del río, y á la izquierda del espectador, la morisca y romántica *torre de Belem*, colmada de recuerdos y benciada de

tradiciones; alzándose en guarda del *Real Monasterio* del mismo nombre, donde descansan los restos del monarca ilustre que dió á Portugal un nuevo y poderoso imperio. Tras de este edificio de proporciones colosales, descúbrense, en la cima de un monte, solo y cuasi abandonado, el *Palacio de Ajuda*, digno en verdad de mejor suerte, sin embargo de su moderna estructura.

Entonces crece la curiosidad del viajero: su anhelo satisfecho gradualmente llega por fin al mas alto punto de quietud y reposo: y por dorados que sean sus ensueños, por mágicas que sean sus ilusiones; está seguro que ha de escederlas en mucho la estendida y magnífica vista de la gran *Lisboa*, acariciada por las aguas del Tajo; cañida de palacios y edificios públicos que se retratan en ellas; coronada por el *castillo de S. Jorge* y por las altas torres del *Corazon de Jesus* y de *S. Vicente de Foras*; orgullosa de mostrar al viajante la magnífica *alfandega*, el hermoso *arsenal*, la simétrica *plaza do comercio*, que tiene en su centro y cerca del puerto la estatua ecuestre del rey *D. Josef*; con otros mil y mil objetos diversos, que sembrados en las siete colinas de su área inmensa, presentan en su aspecto exterior, y en sus formas distintas, una larga sucesion de reinados, á cual mas gloriosos para nuestros vecinos.

Abrumada la mente bajo el peso de este maravilloso espectáculo, que ofrece un encanto imponderable á la hora de salir el sol, apenas advertimos nuestra entrada en el puerto y que paró de una vez la máquina locomotora que nos conducía; mostrando el ruido de la chimenea del paquete, que nuestro viaje habia terminado. En aquella sazón, y viendo anclado al *Montrosse* en medio de diversos buques de otras naciones, comenzaron á bogar á toda prisa hácia nosotros *os escuderos da alfandega*: es decir, los botes de la aduana, pintados curiosamente, y con toldillos blancos sobre cubierta, que hacian resaltar en el centro, las famosas *quinas*, blason conocido de la monarquía portuguesa. En uno de ellos venia el encargado de la policía, que revisó en la cámara de popa los pasaportes de los viajeros, los hizo guardar en seguida por uno de sus dependientes, y nos dejó provistos de sendos billetes, que hubimos de pagar á peso de plata; porque es sabido que en ambos pueblos peninsulares, no se mueve ni aun la hoja del árbol, sin abrir la bolsa del *ciudadano*.

Regenerados con este bautismo, que nos franqueaba las puertas del reino de Portugal y de los algarbes, entregamos en los botes de la aduana *as malas* (los haules maletas), *as chapeleiras* (las sombrererías) y *os chapeos de chuwa* (los sombreros de lluvia), es decir, los paraguas, etc etc, y ajustando unas lanchas para nuestras dignísimas personas, salimos é *potestade Britanorum*, y dimos fondo en las hermosas escalas de la *alfandega*, bajo su amplio y elevado pórtico, donde aguardamos el pesado registro de los equipajes, que se hizo á la usanza española, en razon del tiempo invertido; pero con mas crianza que se acostumbra á veces en algunos puertos y plazas de Su Magestad Católica, segun es preciso confesar, afuer de historiadores imparciales.

Ahora el lector, fatigado y mohino sin duda de nuestra enfadoso relato, necesita por lo menos de tanto descanso, como el que nosotros pensamos tomar en cierta sosegada *hospederia de la Rua nova do Carmo*, tendidos en nuestro lecho, y viendo en esta

cómoda postura por las ventanas del salon de reposamos, la bella plaza de Rocío, y el jónico frontispicio del Teatro nacional.

Alhambra de Granada, 28 de agosto de 1845.—
JUAN ANTONIO DE LA CORTE.



NAVIOS MÓNSTRUOS DE LA ANTIGUEDAD.

Por espaciosos y espléndidos que sean nuestros paquehotes de vapor, por justas que sean sus pretensiones al lujo y la magnificencia, no esceden por cierto ni en suntuosidad ni en grandeza á las naves construidas en otro tiempo por los reyes de Egipto y los de Sicilia. Vamos á manifestar á nuestros lectores la descripción que de ellas nos ha dejado un autor griego.

Ptolomeo Philopator mandó construir una nave que tenia 420 pies de longitud, y 72 de altura desde la quilla á la popa. Este mónstruo flotante tenia cuatro timones de 60 pies. Sus mas largos remos, porque tenia tres órdenes ó filas, eran de 56 pies, y sus cabos estaban guarnecidos de plomo para que los remeros pudieran manejarlos con mas facilidad. Constaba el navio de dos popas y dos proas; con siete andamios ó espolones, de los cuales cada uno se adelantaba sobre el espolon inferior, de manera que el mas elevado fuese el mas largo. Delante y detras estaban colocadas, como en adorno, figuras de animales que no bajaban de 18 pies de altura. La parte interior se presentaba embellecida con delicadas pinturas, la mayor parte clara oscuro. La tripulación se componia de 4000 remeros, de 400 esclavos ó criados, de 2820 marineros para hacer la maniobra, es decir que casi contenian siete veces mas gente que uno de nuestros mayores buques armado en corso.

El mismo Ptolomeo mandó edificar otra nave llamada *Thalamegos* ó cuarto de dormir. Sus dimensiones no eran tan monstruosas como las de la que acabamos de describir, pero la escedia en magnificencia. No tenia mas que 320 pies de longitud y 45 de latitud, pero su altura, contando el pabellon ó pequeño palacio construido sobre el puente, era de 90 pies. Esta era una inmensa nave plana, hecha para surcar las aguas del Nilo. En conjunto presentaba un aspecto magestuoso y verdaderamente régio. Las popas estaban matizadas de adornos de extraordinaria belleza. Las dos popas y las dos proas eran muy elevadas, con el fin, segun se decia, de poder resistir mejor las corrientes. En el centro del navio se encontraban salas para comer, y cámaras embellecidas con todo cuanto la opulencia puede inventar para satisfacer los caprichos de una corte voluptuosa. A lo largo de los costados y á la espalda, tenia una galería con cinco corredores para poder pasearse. La galería inferior era un peristilo con una baranda indiana con ventanas. Se entraba en la primera por un vestibulo de márfil y maderas preciosas, situado cerca de la popa. La gran sala, rodeada toda de columnas, estaba guarneci-

da de lechos de púrpura. Esta pieza estaba artesonada de cedro y de ciprés de Miler. Las veinte puertas por las cuales se entraba á la gran sala, eran de madera de thya incrustada de márfil. Los goznes, los anillos, los cerrojos eran de cobre pulimentado imitando al oro. Las cañas de las columnas eran de ciprés, coronadas con chapiteles de oro y márfil. Los pistilos, barras transversales que corren de un chapitel á otro, eran de oro, ó al menos dorados, y por encima el arquiteabe estaba cubierto de bajos relieves de un codo de altura, y de un trabajo admirable. En fin, el techo todo era de ciprés con relieves de oro.

Cerca de la gran sala habia un cuarto con siete camas; un poco mas lejos el aposento destinado para las mugeres, que consistia en un comedor y nueve cuartos para dormir; era tan espléndido como la gran sala, una cámara con cinco lechos, desde la cual se iba por una escalera en caracol á otra pieza de cinco camas, y á una capilla ó templo de Venus, donde se elevaba una estátua de mármol representando á esta diosa. Al frente la sala de los festines sostenida con pilares del mármol mas fino de las indias, que sobresalia en belleza á cuanto hemos descrito ya, y que no era sobrepujado mas que por el salon de Baco, cuya riqueza desafiaba al lujo oriental. En esta última era donde se observaban grutas formadas por rocas perfectamente imitadas, que contenian todas las estatuas de la familia real, de mármol de Pharo.

Sobre la gran sala, y que por consecuencia estaba sobre el puente, descollaba un magnifico pabellon en forma de tienda; á este pabellon estaban unidas velas de púrpura que servían para recibir el viento cuando se queria remontar el curso del Nilo. Al frente de aquella pequeña corte habia una escalera por la que se bajaba á la galería cubierta, y otra pieza á lo egipcio, es decir, rodeada de columnas unas blancas y otras negras, cuyos chapiteles redondos estaban adornados con realces de rosas entreabiertas, de flores de loto, de hojas y fruto de palma, entrelazadas con flores de habas egipcias, adornos que mas usaban aquellos orientales.

Finalmente, habia una multitud de cuartos mas pequeños, pero no menos elegantes. No solo las velas sino las cuerdas eran de púrpura; el palo mayor tenia 120 pies de altura. Tal era el *Talamegos*, navio digno del pais de las pirámides.

Si Hieron de Siracusa no hizo cosas extraordinarias, tuvo al menos afición á lo extraordinario. La magnificencia que desplegó para la construcción de templos y edificios, la atestiguan aun sus gigantescas ruinas.

Manifestó sobre todo un gusto particular para la arquitectura naval. Debemos añadir para hacerle justicia, que supo unir lo grandioso á lo útil, porque la mayor parte de sus enormes navios estaban empleados en el transporte de cebada. Tenia entre otros uno construido por el famoso Arquimedes: del monte Etna se sacó la madera: habia allí para edificar sesenta grandes galeras. Mientras destruía los bosques, Hieron mandaba forjar hierro, y hacia venir brea, cáñamo, cuerdas y telas de casi todos los puertos de Europa y Africa.

Archiás el corintio era el segundo de Arquimedes: el mismo rey visitaba el sitio donde trabajaban los obreros, animándolos con su presencia. Despues de edificada el navio, era preciso arrastrarle al mar; Arquimedes inventó una máquina para el efecto.

Este navio tenía tres pisos; el pavimento de todos ellos estaba enlosado con piedras muy diminutas de diferentes colores, formando mosaicos de un trabajo admirable, los que representaban la vida de Homero y muchas escenas de su Iliada. Lo demás guardaba una igual proporción. No haremos la descripción de las salas, templos, baños y cuartos como se ocupa el escritor griego. Diremos solamente, para dar una idea de lo que omitimos, que había un circo ó escuela gimnástica rodeada de jardines, cuyas flores estaban regadas con agua dulce, y sus veredas cubiertas de pámpanos y yedra. La sala llamada de Venus estaba enlosada de ágata, con puertas de mármol: el todo estaba adornado de estatuas y vasos. La biblioteca era de madera con una cúpula representando todas las constelaciones visibles, y el estado del cielo en el momento de la partida. En el piso bajo ocupaban 40 caballos una cuadra ancha y espaciosa. No se tiene noticia del uso que harían de los caballos, pero se sabe que estaban cuidados por palafreneros que habitaban encima, con forrage en abundancia. El aljibe estaba muy cerca de la popa, y podría contener 60,000 litros de agua dulce; además un vividero lleno de agua de mar para conservar peces de todas especies. A cada lado de la nave se elevaban torreoncillos, los cuales contenían cocinas, hornos, leñeras, panaderías, etc. El puente superior estaba sostenido por dos filas de car-yátidas ó atlas. El todo estaba coronado de ocho torres fortificadas; dos sobre el castillo de popa, dos sobre el de proa, dos á babor y dos á estribor. Estas torres estaban sobrecargadas de ballestas, catapultas, gruas, guardadas de día y de noche por cuatro hombres de armas, dos ballesteros y un ingeniero. En el centro del puente se elevaba la formidable máquina de Arquímedes, por cuyo medio se podía arrojar, á distancia de un estadio, una piedra de peso de dos quintales. El escritor se olvidó decirnos si llevaban muchas balas de este calibre, y de describirnos las dimensiones de la Santa Bárbara. Las dos bandas estaban erizadas de máquinas pequeñas para arrojar piedras, venablos y ganchos de abordage. Las gruas de las grandes torres tenían la fuerza suficiente para asir una galera común, levantarla y sacarla del agua para dejarla caer después al abismo. El navio tenía ocho anclas, cuatro de madera y cuatro de hierro. Necesitaba tres mástiles, y estos fueron hallados en los montes del Etna, sin encontrarse por mucho tiempo tronco para el palo mayor. Un porquero breton encontró un arbol de bastante tamaño en los bosques de Albion; era un presagio de la futura grandeza de Inglaterra.

Esta ciudad flotante, algo mayor que el arca de Noé, se llamó primero *Siraca Siunci*, pero después tomó el nombre de *Alejandrina*. Una hermosa barca de Chipre, que podía pasar por un buque de regular tamaño, servía de chalupa á la Alejandrina; gran multitud de navios pequeños y de barcas pescadoras la convoyaban, conteniendo tanto equipage como el navio monstruo. Toda esta población flotante se hallaba á cargo del capitán ó maestro, piloto que ejercía la justicia respecto de las leyes de Siracusa. El cargamento principal se componía de sesenta mil medidas de trigo, sin contar una gran cantidad de peces y viandas saladas, aceites y otros géneros.

Habiéndose informado Hieron de la profundidad del Mediterráneo, y conociendo que casi en ningún puerto podía fondear su Alejandrina, la envió á Egipto, ó hizo un presente á Ptolomeo, cuyos súbditos

eran presa de un hambre horrorosa.

Fácil es saber que los egipcios no opusieron objeción alguna. La Alejandrina fue remolcada en el puerto, cuyo nombre había honrado, en medio de las aclamaciones de todo un pueblo.

El ateniense Arclmelos hizo un pequeño poema á este asunto. Hieron para recompensarle le envió desde el mismo puerto mil medidas de trigo. Hieron era hombre que lo entendía.



MISCELÁNEA.

—Se nos han remitido para su inserción, los siguientes versos, que su autor dedica á la señorita Doña Manuela Crespa de Madrigal, puestos en música por D. José Sobejano, hijo.

EL CONTRABANDISTA.

Vivan los Contrabandistas,
ole,
viva la gente de alma,
anda;
Huyu-yui que es mi morena
ole,
la sandunga y Sol de España.
vaya:
Ole, anda, ole, vaya.

De Andalucía eres Diosá,
bella reina de Sevilla,
de España la flor preciosa,
y el encanto de Castilla.
Eres un angel del cielo
cuya vista seductora,
se hace del alma consuela
y del corazón Señora.

Cien alijos perdería
por ver tu cara de rosa,
y la muerte me daría
si no me amases, hermosa.
Vamos, no seas esquiva,
tórname esos ojos bellos,
mira que mi vida estrieva,
vida mía, en poseillos.

Hasta el caballo en ofrenda
dobla ante ti la rodilla,
qué mucho si eres, mi prenda,
el encanto de Sevilla.
Dame esos brazos, morena;
arriba, toma el trabuco,
yendo contigo no hay pena,
si alguien lo estorba, lo esauco.

Arre, caballito mío,
que nos vienen presiguiendo,
la libértá en ti confío,
que voy la ronda sintiendo.
No temas nengun fracaso,
niña hermosa, que al instante
le pegaré un trabucaso,
al que se ponga delante.

Me llaman Paquillo el feo,
y mienten, que soy Leon,
y en menos que recó un creó
bulberizo á un brabucon.

Cuidado que si me enfao
de un resoplo espabito
medio mundo, y el medio
dejo pendiente de un hilo.

Naidé á chanza me lo tome
que no hay quien se me resista,
ni putro que yo no dome
con solo echarle la vista.

Jui del que insulte mi saña!
que aunque venga un regimiento,
le hago trosos al momento
como si fuera una caña.

No tengas miedo, mi vida,
que es un aguila mi bayo,
ánimo, toma la brida,
mientras preparo mi rayo.

Anda caballito listo
que llega esa gateria,
no hay escape, ¡vive cristo...!
haré una carnesería.

Quien vá allá? Señores, paso:
no temas... paso repito;
al que se oponga le abraso
dándole gusto al dedito.

No flores por Dios, mi vida;
soy guadaña de la muerte,
verás que buena partida,
aílla vá, honita suerte....

Lo véis? Nos hemos salvao
y huyen llenos de canguelo,
pues saben que de un bocao
toda la randa me cuelo.

Desecha, hermosa, el temor,
y aparezcan esas flores,
que dan al alma valor
y acrecientan mis amores.

B. S. CASTELLANOS.

—*Romances.*—Los romances mas antiguos que se conocen, son los que pertenecian al reinado de Don Juan II, los anteriores todos se han perdido. Tal vez pudieran encontrarse algunos entre las poesías manuscritas de D. Juan Manuel, si por fortuna llegasen á parecer algun dia.

—*Corrales.*—Llamábanse *corrales* el sitio en que antiguamente se representaba, y á la verdad que no desmerecía este título. Poco despues se cambió en el de *Coliseo*, hasta que en estos últimos tiempos se le ha dado el de *Teatro*. En ellos se detenían las compañías que transitaban por la corte, las cuales estaban mucho ó poco tiempo, según lo permitía el caudal de piezas que llevaban y la aceptación que merecían. Para este fin arrendaban los mayores patios ó corrales, donde armaban sus tablados y disponían los asientos para el concurso. El nombre de patio ó corral llegó á ser sinónimo de teatro. Hace pocos años duraba aun en los nuestros la denominación que se dió á los antiguos de *tablas*, *patio*, *gradas*, *corredorcillo*, *apostentos*, *barandilla*, *degradado*, *cazuela* y *alajeros*. La que hoy es luneta se llamó al principio *bancos*, y la parte alta que hoy es tertulia y palcos terceros, se llamó *despanes*, en efecto lo era.

En 1568 se representaba en un corral de la

Puerta del Sol, en otro de la calle del Príncipe, propio de Isabel Pacheco, y otro de la misma calle de un tal N. Burguillos. Despues hubo comedias en otro de la calle del Lobo, de quien era dueño Cristóbal de la Puente; hubo tambien otro corral llamado de la Valdivieso, en que algunas veces se representó. En el año de 1579 y en el de 1582 establecieron los cofrades de la Pasión y Soledad dos corrales; el primero en la calle de la Cruz, y el segundo en la del Príncipe, el cual un horroroso fuego devoró el año de 1806, y se volvió á reedificar en el 1808.

—*Generosidad de Fabricio con Pirro.*—El año siguiente en que fueron derrotados los romanos en Hérclea por Pirro, mandando el ejército de la república C. Fabricio, se le presentó un desconocido con una carta del médico de aquel príncipe, en que le prometía envenenar á su amo, siempre que se le asegurase una gran recompensa, proporcionada al importante servicio que hacia á Roma, terminando de este modo una lucha tan sangrienta. Conservando Fabricio el mismo fondo de honradez y justicia en medio de los horrores de la guerra, que por desgracia presta bastantes elujos para la traición, se horrorizó del aspecto de tan negra proposición. Del mismo modo que se mostró incorruptible al oro aunque Pirro habia querido vencerle, creyó que tan vergonzoso le seria ahora vencer á este con el veneno. Consultólo con su compañero Emilio, y sin demora le escribieron ambos la siguiente carta:

«Cayo Fabricio y Quinto Emilio, cónsules, al rey Pirro. Salud. No parece que conocéis bien á vuestros amigos y enemigos, de lo que os convencereis cuando leáis la adjunta carta. Ella os mostrará que haceis la guerra á los hombres honrados y de providad, al mismo tiempo que prestais vuestra entera confianza á los pérfidos y malvados. No os damos este aviso tanto por amor vuestro, como por nuestro interés, no sea quizá que vuestra muerte sea un pretexto de calumnia contra nosotros, y se crea que hemos recurrido á la traición porque nos falta valor para terminar la guerra de un modo feliz.»

Apenas recibió Pirro esta carta y se aseguró de la verdad del hecho, mandó castigar cual merecía á su médico, y para manifestar á Fabricio y á los romanos su gratitud, le envió sin rescate todos los prisioneros, pero queriendo aquellos recibir un galardón por no haber cometido una abominable acción, sin rehusar el obsequio, le mandaron otros tantos tarentinos y samnitas de los que estaban prisioneros en el campo romano.

—*Régula de Antimonio.*—Este es un metal, que solo es conocido en España por los fundidores y por las viejas, que lo buscan en polvo en las baticas para matar las lombrices de los nietos. Pero si observamos sus preciosidades, no podrá menos de ser apreciado por todo el mundo; de él pueden hacerse es-

cribanías, bajillas y todo cuanto se emplea con la plata, siendo una de sus mas sorprendentes particularidades, que en poco ó nada se diferencia de aquel rico metal, pues los ingleses, que son los que lo conocen y lo extraen de nuestro país, hacen á veces pasar por plata los efectos en que lo usan. Tiempo es, pues de que nuestros artistas busquen y estimen este riquísimo metal, teniendo nosotros una satisfacción en recomendarlo y darlo á conocer de los primeros, ofreciéndonos á dar cuantas mas esplicaciones se pidan en la Redaccion de nuestro periódico.

—*Antigüedades*—Nuestro Corresponsal en Tarragona nos escribe lo siguiente.

Ocúpanse con agradable sorpresa, las personas inteligentes de nuestra Capital, en admirar los descubrimientos arqueológicos que ha verificado de algunos dias á esta parte, el Secretario de este Gobierno Político D. Ivo de la Cortina.

No hay persona notable, forastera, extranjera y del país, que no llegue al Gobierno Político á ver los objetos preciosos recolectados de todas épocas, así en monedas, ídolos, utensilios de márfil, de barros, de hidrio y de cobre.

De *Mosaicos* ha descubierto cuatro, que unos ha trasladado enteros, y otros á piezas, de 100 y mas pies en cuadro, á la Iglesia de S. Francisco, donde está el Gobierno Político.

Pocos dias há, que ha descubierto tres ánforas

de barro; una de ellas cuasi esférica, toda sembrada de dibujos en forma de festones, tres de los cuales son de caracteres *Cuíficos*.

Los trabajos literarios que le ocupan, así respecto á la descripción de sus descubrimientos, como respecto á la obra científica y mecánica, á fin que puedan del modo mas económico y seguro, verificarse escavaciones en España; serán tareas, que puedan seguramente obtenerle un buen nombre en todo nuestro país, y entre la gente estudiosa.

Entre las personas que sabemos han admirado con aprecio sus descubrimientos, cuéntanse las notabilidades siguientes: el Sr. D. Alejandro Olivan, D. Mariano Lopez, el Sr. Marqués de Valgornera, y el ingeniero Belga Mr. Paul Bonoý, con otros varios que no tenemos presentes.

Nosotros que conocemos el celo, laboriosidad é inteligencia del Sr. Ivo de la Cortina, no podemos menos de hacer públicos sus esfuerzos, para salvar los restos antiguos y presentarlos á la vista del estudioso, y esperamos que con su constancia y entusiasmo arqueológico forme en Tarragona un Museo digno de atención, auxiliado de la Sociedad Arqueológica de aquella Ciudad, de que el Sr. Cortina es el alma por su actividad y posicion.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.



(Los Embajadores mejicanos se presentan á Hernán Cortés.)